

enviados de

LIÓN

por:  
Juan Jesús  
Cardoso Oneto

dibujado por:  
Ed



**Título**

*Enviados de Zión*

**Primera edición:** septiembre 2016

© Márgenes y Vínculos / Juan Jesús Cardoso Oneto

© EDUCO

*Se permite la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento siempre que se mencione la fuente y se haga sin fines comerciales.*

Impreso en España

**ISBN:** 978-84-945828-9-9

**Depósito Legal:** B 15665-2016

**Producción:** Montse Bobés, Mara Bueno, Aurea Ferreres, Clarisa Giamello

**Ilustraciones:** Ed Carosia

**Corrección:** Christine Antunes

**Maquetación:** Elena Martí

**Agradecimiento:** Idea original de José Ángel Ponce Lara



Member of

**ChildFund**  
Alliance

enviados de

ZION



Ese, que está allí abajo tan pequeñito, es mi pueblo.  
Se ve muy bonita la iglesia mayor, el campo de fútbol y  
la plaza del Ayuntamiento. La verdad es que no es tan pequeño,  
pero es que yo ahora estoy volando y lo veo desde muy alto, muy alto.

Desde una nave espacial las cosas se ven de otra forma,  
a otra velocidad, ¡qué pasada! Bueno, estaréis pensando, ummmm...  
¿Y este niño de ocho años cómo ha llegado a una nave tan chula como  
esta? Lo de los ocho años no lo estaréis pensando pero os lo digo yo, y  
más cosas que os contaré, pero ahora tranquilidad, cada cosa a  
su tiempo, lo primero es lo primero, y es que me llamo Pepe.



Vivo en el número 22 de la calle Nueva, que está cerca de la plaza.  
Hasta el martes pasado, todo era normal en mi casa, incluso un poco aburrido. Mi padre se llama Joaquín y mi madre Carmen, y tengo una hermana dos años mayor que yo.



Me encanta pelearme con mi hermana Lola, yo la busco cuando me aburro y ella se pica enseguida y la líamos. Pero, aquel martes, me di cuenta de que Lola no tenía ganas de batalla de cojines, estaba muy triste y yo no sabía cómo animarla. Algo le pasaba porque llevaba un tiempo muy rara.



Ese día, mamá había hecho paella, que es el plato favorito de Lola, pero ella casi no probó la comida. Papá se enfadó con ella, porque le dijo que comiera y Lola le contestó mal y se encerró en su cuarto.

Yo no soy cotilla, pero tengo buen oído, y por la tarde escuché que Lola le decía a mamá que tenía algo muy importante que decirle. Se la veía muy nerviosa y lo que tuviera que decirle parecía serio de verdad. La pena es que, al final, no pudieron hablar en ese momento, porque mamá estaba muy ocupada haciendo muchas cosas y no la pudo atender.



Lola estuvo toda la tarde muy callada y triste, y cuando llegó papá también intentó contarle lo que le ocurría, pero estaba muy cansado del trabajo y le dijo que ya lo hablarían en otro momento.

Entonces, ella se sintió muy sola porque nadie tenía tiempo para escucharla, y fue cuando le dije que yo sí que tenía tiempo para ella. Lola me abrazó muy fuerte y me dijo que yo era pequeño para ayudarla con su problema.



Así estaba el ambiente en casa cuando a la hora de la cena sonó el timbre y mi madre me mandó, como siempre, a abrir la puerta. A mí eso me da mucho fastidio, pero todo se me olvidó cuando ante mis ojos aparecieron las dos personas más extrañas que había visto en mi vida. Altos, con ojos grandes y orejas pequeñas, vestidos con unas ropas verdes brillantes.

—¡Hola!—les dije, después de mirarlos unos segundos con la boca abierta del asombro.

—Saludos pequeño terrícola—dijo la que parecía la mujer—. ¡No te asustes! Somos amigos de la familia, aunque no nos hayamos visto antes. Yo soy Narvi y mi compañero es Virna.

—¡Qué gracioso!—respondí sin pensar, y luego me puse colorado de la tontería que había dicho.

—Venimos como mensajeros del planeta Zión para contactar con las familias del planeta Tierra—dijo Virna.



Sus voces sonaban como metálicas, pero eran cálidas a la vez y sus movimientos eran relajados, te sentías tranquilo a su lado, no daban miedo, aunque vinieran del espacio exterior ese.

Mi padre dio un respingo cuando se los encontró sentados en el sofá viendo la tele conmigo.

—¿Quiénes son ustedes?—dijo muy asustado al entrar en el salón.

—Tranquilo papá, son extraterrestres, pero buena gente y son muy amigos míos—dije yo—, que los conocía desde hacía cinco minutos.



Cuando papá se relajó, llamó a mamá y a Lola, que no se habían enterado de nada, y les presentamos a Narvi y a Virna. Para mi sorpresa, mi madre y mi hermana reaccionaron con mucha normalidad, como si conocieran extraterrestres cada dos días.

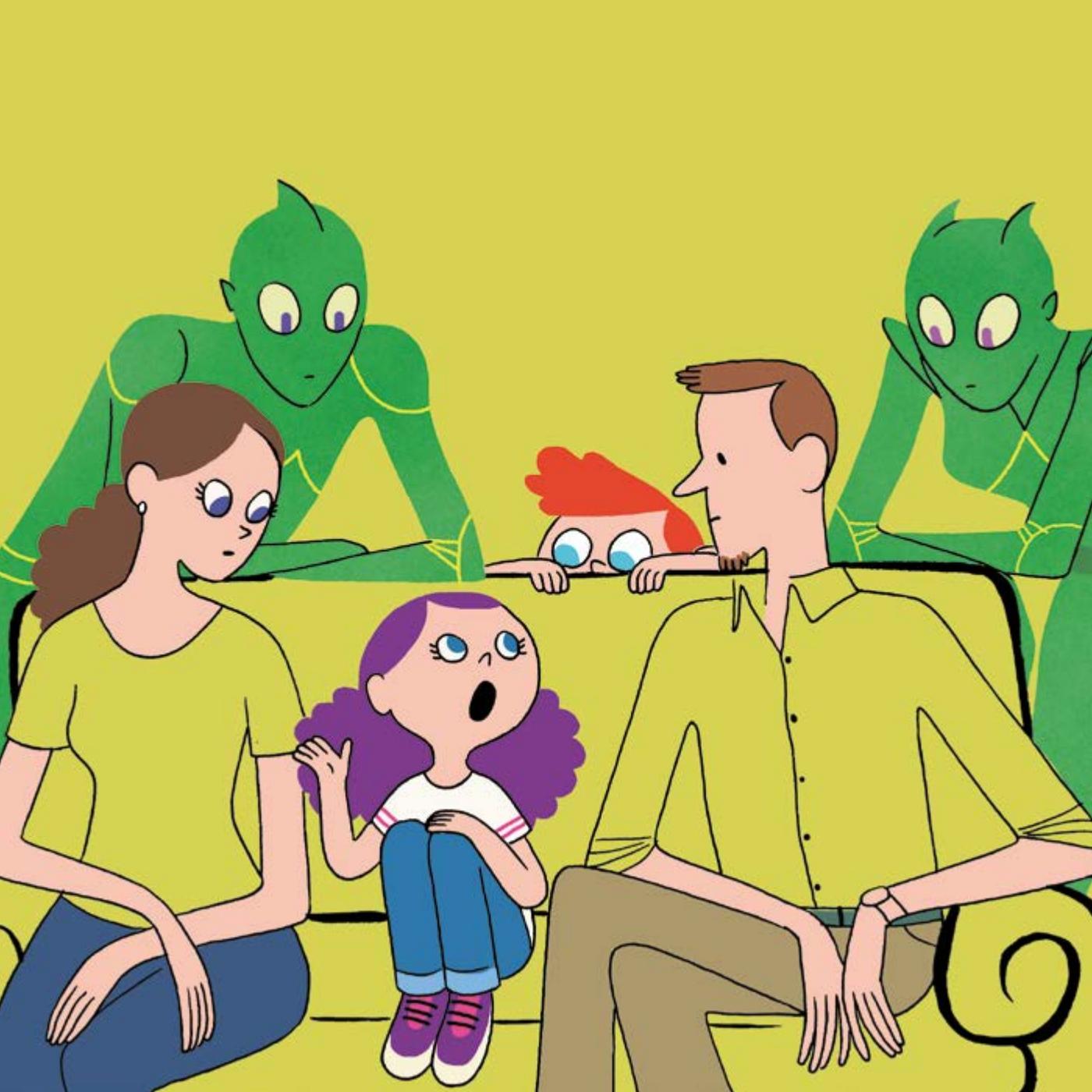
–Bueno –dijo mamá– ¿Qué podemos hacer por ustedes?

–En realidad queremos que hagáis algo por Lola y por vuestra familia –contestó Narvi bastante misteriosa.

Papá y mamá miraron a Lola con cara de no entender muy bien de qué iba la cosa. Lola, de pronto empezó a llorar muy bajito y se abrazó a mamá.

–Hace unos días, al sobrevolar vuestro planeta, detectamos ondas telepáticas muy fuertes. Provenían de niños y niñas pidiendo ayuda porque necesitaban ser escuchados –nos explicó Virna.

–Lola es una de ellas, irradió su llamada al espacio sin saberlo y se unió a otras que también necesitaban oídos atentos. De esta forma hemos llegado a vuestro hogar –comentó Narvi.



En ese momento papá y mamá se sintieron regular, comprendieron y abrieron bien los oídos para escuchar lo que Lola tenía que decir.

–Cuéntame, mi vida, he estado tan atareada que no te escuché cuando viniste a hablarme de tus cosas –le dijo mamá a Lola, mientras le acariciaba el pelo y le daba mil besitos por toda la cara.

–Yo tampoco te hice mucho caso cuando llegué del trabajo, pero te quiero muchísimo y aquí estoy. Lo siento Lola –dijo mi padre mirando a mi hermana con cariño.

Lola se secó las lágrimas, miró a papá y a mamá y comenzó su relato.

–Hace ya tiempo que me siento un poco rara con el entrenador de baloncesto de mi equipo, por las cosas que me dice y cómo me trata. Que si soy la más guapa del equipo, que soy su favorita, siempre dándome besos y achuchones, gastándome bromas que me dan corte delante de mis compañeras...



En ese momento, papá me mandó a la habitación a jugar con la consola y dijo que esa no era una conversación que yo tuviera que escuchar, pero Narvi lo miró a los ojos con mucha tranquilidad y le dijo que era bueno que yo también aprendiera a compartir lo que siento, a pedir ayuda y a protegerme. Mamá asintió con la cabeza y cogió de la mano a papá para que se sentara junto a nosotros. Así es como me pude quedar, ¡menos mal! Porque la verdad es que yo quería ayudar a Lola también.

—Cada vez estaba más pesado—continuó contando Lola—, me preguntaba si me gustaban los niños y me decía que yo iba a ser su novia cuando fuera mayor, y así todo el rato.

La otra tarde, además, me dijo que necesitaba quedarme un poco más de tiempo para mejorar mi tiro a canasta. Pero cuando se fueron mis amigas nos sentamos en la grada y empezó a decirme que yo era su amiga especial, y me acarició de una forma que me dio vergüenza. Entonces me dio un beso de los que se dan los mayores y, como me asusté tanto, me dijo que ese era nuestro secreto. Pero yo salí corriendo y no paré hasta llegar a casa.



Lola se quedó muy callada, mamá la abrazó fuerte y le dijo que había sido muy valiente y que estábamos muy orgullosos de ella. A papá se le puso la cara a cuadros, y se le escapó alguna palabrota de las suyas. Yo también me enfadé mucho con el entrenador, pero no dije palabrotas porque los niños no decimos palabrotas, por si acaso.

—Hiciste muy bien en salir corriendo, Lola. Tu miedo te avisó de que lo que estaba pasando no está bien —dijo mamá—, e hiciste bien en fiarte de lo que sentías.

—Mañana iremos a denunciar lo que te ha pasado a la policía, cariño— dijo papá cuando se calmó un poco—. No te preocupes, queremos que esto no se repita contigo ni con tus compañeras.

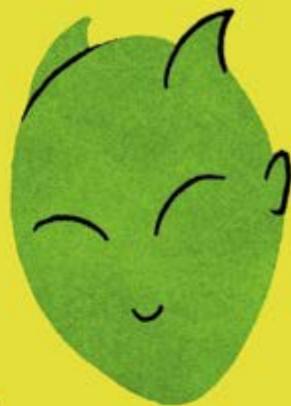


—Yo he tenido la culpa por no contarlo antes—dijo Lola muy triste.

—No cariño—le contestó papá despeinándola con esas manos tan grandotas que tiene—. Tú no tienes la culpa de nada, el entrenador es el culpable, porque él es responsable de vosotras y sabe que así no se deben comportar los adultos con las niñas y los niños, eso no se hace, es un delito. Por eso quería que fuera un secreto, porque estaba mal, y tú has hecho muy bien en contarlo, Lola.

—¡Eres mega valiente Lola!—le dije yo mientras saltaba encima de ella para apretujarla.

Lola sonrió por primera vez desde que había llegado esa tarde y empezó a sentirse mejor. Miró a su alrededor y vio a papá, a mamá y a mí, que estaba todavía abrazado a ella. Se quedó un ratito también mirando muy agradecida a aquellos enviados del planeta Zión y le pareció que era como si los conociera de siempre, porque le daban tranquilidad y confianza. Estaba en casa y se sentía escuchada, querida y protegida. ¡Eso estaba bien!



Virna y Narvi se levantaron para marcharse y nos fueron agarrando por los hombros y pegaron su frente a la nuestra, que es su forma de despedirse de los amigos.

—Es muy importante lo que habéis vivido con vuestros hijos—dijo Virna—. Ahora saben que pueden confiar en vosotros cuando tengan un problema, que lo pueden contar, porque estaréis ahí para escucharles y para prestarles toda la ayuda que necesiten—añadió.

—Los niños y las niñas necesitan ser escuchados, esta es la mejor forma de protegerlos—dijo Narvi desde la puerta.



—¿Oye, vais a volver algún día?—les pregunté yo con mi mejor carita de pena.

—Claro que sí—contestaron a la vez—, pero tú quieres decirnos algo más, ¿verdad Pepe?

—¿Me podéis dar una vuelta en vuestra nave?—dije sin pensármelo dos veces.

Y aquí me tenéis, un niño de ocho años en una nave espacial... ¡mega, mega chula! De vez en cuando Narvi y Virna me llevan a dar un paseo y hasta puedo hacer de piloto. ¡Me encanta la telepatía!



